

INTERRUPCIÓN

sandra vizzavona

traducido por Laura Salas Rodríguez

A mi hija Salomé

«No, no, tú no existes,
eres sólo un pensamiento».

ANNE SYLVESTRE,
Non, tu n'as pas de nom¹

«But though they are gone,
the night is full of them».

VIRGINIA WOOLF,
Mrs. Dalloway

1 Todas las versiones de las citas que aparecen en el texto son de la traductora (N. de la T.)

Soy la prueba de que un aborto puede provocar indiferencia o un estallido.

Soy la prueba de que un mismo cuerpo puede vivir en dos ocasiones ese mismo acontecimiento y movilizar de forma totalmente diferente la cabeza que lo corona o las emociones que lo habitan.

Soy la prueba de que puede ocupar veinte años o solamente las semanas necesarias para llevarlo a cabo.

De que puede ser la única salida o simplemente una oportunidad para aguardar un momento mejor.

Así pues, me cansé de los discursos categóricos y cerrados sobre las razones por las cuales las mujeres deberían recurrir a él y sobre lo que deberían sentir o no en ese momento. Me cansé y me entraron ganas de escuchar a algunas de esas mujeres, de que me contasen lo que habían vivido; me negué a aceptar que otros hablaran por ellas.

Mi preocupación no era el derecho al aborto, sino el derecho a la palabra de las mujeres que lo habían experimentado en un país donde es legal y seguro, como en Francia.

Distanciada de la fragilidad del primero, no pensaba tener que librar batalla alguna para defender el segundo.

Me equivocaba.

Para empezar me encontré con un adversario inesperado, fortalecido por el hecho de ser una abstracción: la figura sacralizada de la mujer que ha abortado, sometida al silencio y a la maldición de la pena.

Me enfrenté rápidamente a ella cuando pregunté en mi círculo cercano si alguien tenía amigas que hubiesen pasado por una IVE (interrupción voluntaria del embarazo) y que estuviesen dispuestas a encontrarse conmigo. La reacción fue casi unánime, a excepción de los más íntimos: «No me atrevo a abordar el tema, debió de ser duro, me extrañaría que quisiese hablar del asunto».

La amiga quedaba amordazada sin que le preguntasen siquiera.

Muchas de ellas, sin embargo, sintieron alivio cuando alguien, por fin, les prestó oídos. Cuando pudieron alzar la voz sin miedo a molestar. A incomodar. O incluso a provocar rechazo.

Como ocurre con muchos otros temas vinculados con lo femenino, cuando se habla del aborto el discurso está tan poco liberado, tan poco generalizado, que parece imposible rememorar una experiencia personal sin que aparezca cargada de una intención que la exceda.

Si yo, Sandra, cuento que he necesitado tener un hijo para digerir un aborto vivido en mi adolescencia, entonces transmito la idea de que es necesario repararse tras una IVE y de que la maternidad es una solución. Yo sólo tengo derecho a hablar en mi nombre. De lo contrario, arrastro a las demás mujeres, implico otros cuerpos diferentes al mío.

Para no tener que defenderme de algo así, no me queda otra que callarme.

Pero hay algo peor; y es que, si en varias ocasiones he sentido verdadero miedo ante la idea de exponer a las mujeres que han abortado a ataques demasiado virulentos y de alimentar, con sus testimonios, los argumentos de quienes se oponen a la IVE, es porque, de forma solapada, implícita, también a nosotras nos intimida.

El derecho al aborto figura en la ley desde el año 1975, pero debe ejercitarse con discreción, si no en secreto.

La ley nos autoriza a abortar y la sociedad nos impide hablar del tema o, si no, nos impone la obligación de tomar partido, de militar.

Por supuesto, muchas mujeres no tienen ganas de hacer confidencias; su aborto es una experiencia eminentemente íntima, a menudo difícil, que no tiene por qué salir de ellas mismas o de sus familias.

Pero también somos muchas las que nos plegamos a la ley del silencio a nuestro pesar, porque la vergüenza y la culpabilidad siempre están allí; nos las atribuyen y nos sometemos a ellas.

Se trata de un derecho frágil, y su historia va acompañada del canto lancinante de una vuelta atrás que siempre es posible.

La redacción de esta obra me ha convencido, sin embargo, de que nunca dejará de serlo si no nos comprometemos a recurrir a él como mejor nos parezca, si pensamos que una forma de protegerlo es pasar desapercibidas y permitir que, por el camino, algunos profesionales de la salud nos traten con desconsideración.

Dicha tarea y dichas reflexiones me han conducido a este extraño objetivo, mezcla de testimonios que se me han confiado y de una búsqueda personal que me ha transformado.

Son historias de interrupción.

Dolorosas o anodinas. Singulares.

Una interrupción también, o eso espero, aunque sea furtiva, del silencio, la vergüenza y la ira.